

DEVENIRES

Artículos

ARLET BECERRA RODRÍGUEZ Agencia social y enactivismo. Apuntes para pensar la relación entre normas morales y cuerpos

GUSTAVO GARCÍA CONDE Mestizaje y codigofagia: crítica a las categorías raciales desde la semiótica de la cultura

Pensamiento de la izquierda

ADÁN PANDO MORENO La noción de democracia en la agenda de la izquierda socialista mexicana...

EMILIANO MENDOZA SOLÍS Tomás Segovia, una izquierda al margen

Dossier Nuevas críticas del poder

RAINER MAUSFELD El miedo de las élites del poder al pueblo...

DANIEL LOICK Tareas para una teoría crítica del derecho

HAUKE RITZ La dimensión cultural de la Guerra Fría y 1968

Entrevista

BACA / ENRÍQUEZ / CASALES Dimensión hermenéutica del arte y la educación.
Entrevista a Mauricio Beuchot



LA DIMENSIÓN CULTURAL DE LA GUERRA FRÍA Y 1968¹

Hauke Ritz

El año 1968 se ha convertido en símbolo de un cambio cultural en el mundo occidental cuyas repercusiones aún perduran. ¿Qué relevancia tiene el hecho de que este año se sitúe aproximadamente en la mitad de la Guerra Fría? ¿Se pueden relacionar entre sí el cambio cultural de finales de los años sesenta y principios de los setenta y la Guerra Fría? ¿Existe realmente una conexión entre ambos fenómenos? Y si se puede suponer tal conjunción, ¿cómo se podría abordar científicamente?

En este contexto, cabe señalar que la investigación académica tiene dificultades con la dimensión cultural de la Guerra Fría. En primer lugar, porque el análisis de las relaciones de poder es, en principio, difícil de realizar. La historia demuestra que la investigación de las relaciones de poder ha sido controvertida en todas las épocas. Por lo general, los actores políticos implicados deben haber fallecido y la formación ideológica debe pertenecer al pasado antes de que las relaciones de poder político puedan ser accesibles a la investigación científica en toda su extensión. Esta dificultad aumenta aún más cuando, como se intenta en este artículo, se analiza el poder político en el contexto de los cambios culturales. Porque cultura es solo otra palabra para el mundo que nos rodea, que nos constituye como personas y caracteres y con la que, por regla general, man-

¹ Publicado originalmente en: Carsten Gansel y Janine Ludwig (eds.) (2021). *1968 – Ost – West – Deutsch-deutsche Kultur-Geschichten*, Berlín, 2021; nueva publicación en: Hauke Ritz (2024). *Vom Niedergang des Westens zur Neuerfindung Europas*. Frankfurt: Westend Verlag; traducción: Brenda Ramírez Benavides (con apoyo de DeepL). Publicación en español con autorización del autor y de la editorial Westend.

tenemos una relación inmediata y predominantemente inconsciente. La idea de que la cultura que nos rodea pueda haberse convertido en un objeto de influencia política toca, por tanto, los cimientos de nuestra identidad y puede provocar fácilmente miedos y reacciones defensivas. Por esta razón, a continuación, se anticiparán las objeciones críticas. Por ello, se ha elegido un enfoque que aborda el tema de la forma más fundamental posible. En consecuencia, se comenzará con la pregunta de por qué la dimensión cultural de la Guerra Fría debería ser un tema de investigación.

¿Por qué es importante la dimensión cultural de la Guerra Fría?

El punto de partida de este razonamiento es la tesis de que la dimensión cultural de la Guerra Fría fue la esfera más importante. Fue el campo más significativo dentro del conflicto entre las superpotencias, porque la política cultural de la Guerra Fría tuvo consecuencias que siguen influyendo en el desarrollo del mundo occidental hasta hoy. Al mismo tiempo, la “Guerra Fría cultural” (Saunders 1999), como también se la denominó, fue decisiva para el resultado de la Guerra Fría en su conjunto. La razón de ello queda clara si se tiene en cuenta que la Guerra Fría no terminó porque la carrera armamentística llegara a una decisión: desde el punto de vista militar, la naturaleza específica de las armas nucleares provocó, en esencia, una situación de empate. A continuación, se explicará que, en el caso de la Guerra Fría, la competencia económica entre los sistemas también quedó, básicamente, en tablas hasta el final.

Por supuesto, cuando comenzó la Guerra Fría en 1947, Occidente ya era económicamente superior. Desde el principio, el Este fue la parte más débil en términos económicos, tanto por su nivel de desarrollo como por los daños de la guerra que se concentraron principalmente en el este de Europa. Sin embargo, esta diferencia en el equilibrio de poder se mantuvo durante toda la Guerra Fría. De hecho, durante los primeros 25 años de la Guerra Fría, la confederación de Estados socialistas, que se había unido en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAM), logró recuperar algo

de terreno en términos económicos. A partir de principios de la década de 1970, las cifras de crecimiento en el sistema mundial occidental volvieron a ser algo más altas, pero en general el balance se mantuvo equilibrado (Popov 2014a). Si no hubiera sido así, la URSS no habría podido concretar los impresionantes logros de construcción asociados al desarrollo de Asia Central y partes de Siberia, que no tienen equivalente en el sistema mundial occidental.

A esto se suma que el Este disponía en su propio territorio de todas las materias primas que necesitaba para su propio desarrollo económico. Otro factor que subraya la tesis aquí defendida del estancamiento económico es que el sistema socialista oriental producía en su propio territorio casi todos los bienes que necesitaba, salvo en el caso de la RDA, donde la situación era algo diferente por razones históricas. No obstante, en general, la Unión Soviética y sus aliados gozaban de autosuficiencia económica.

En este contexto, la afirmación que se lee a menudo hoy en día en los periódicos de que el Este estaba en bancarrota económica es rotundamente falsa. Una alianza de Estados soberanos y autosuficientes tanto en lo que respecta a las materias primas y la gama de productos como en lo militar y lo ideológico, un sistema económico de este tipo no puede quebrar. En 1990, la Unión Soviética solo tenía una deuda de 38 000 millones de dólares, lo que representaba una proporción extremadamente pequeña de su producto nacional bruto de entonces (Popov n.d.). Incluso en el caso de que no se hubieran podido pagar las deudas existentes con el extranjero, se podría haber rechazado el pago en el contexto de la autosuficiencia militar, ideológica y económica.

Es cierto que la Unión Soviética entró en una fase de estancamiento económico en la década de 1980 por al menos cinco razones diferentes (Zinoviev 2008). Sin embargo, en primer lugar, las crisis económicas no conducen automáticamente al colapso de los sistemas sociales y, en segundo lugar, las dificultades económicas también podrían haberse resuelto dentro del socialismo mediante reformas (Popov 2014b). El hecho de que, por ejemplo, la creciente complejidad de la economía soviética superara cada vez más los procedimientos de la economía planificada constituía un fenómeno de crisis, pero uno que podría haberse abordado

de diversas maneras dentro del marco socialista existente. De ello no se deduce necesariamente la privatización de la propiedad estatal. El elevado gasto militar, que suponía una carga para la economía, podría haberse reducido significativamente sin que afectara a la capacidad de disuasión (Lauterbach 2016). El fin de la Guerra Fría se debió, simple y llanamente, a otros factores distintos de la situación económica. Aunque la situación económica general se vio afectada por una crisis económica, esta no fue la causa real del colapso del sistema socialista mundial. Otros factores muy diferentes fueron los responsables, factores que deben buscarse y encontrarse en la dimensión cultural de la Guerra Fría.

En primer lugar, cabe mencionar el hecho de que las élites del sistema socialista gozaban en gran medida del privilegio de viajar a países no socialistas. En sus viajes a Occidente, pudieron comprobar que las sociedades occidentales habían logrado un mejor equilibrio entre la libertad individual y la seguridad social que el sistema oriental. Esto era especialmente cierto durante los “años dorados” de Occidente, en los que la prosperidad estaba distribuida de forma mucho más equitativa que en la actualidad. Durante los años sesenta y setenta, Occidente, y en particular Alemania Occidental, también se vio marcado por la socialdemocracia y, por tanto, por la herencia del movimiento obrero, una circunstancia que atenuó la oposición entre ambos sistemas justo en medio de la Guerra Fría.

Otro factor fue la renovación cultural del sistema occidental a partir de la década de 1960. En los años 50 aún no existía una diferencia cultural profunda entre Europa occidental y oriental, en la medida en que la vestimenta, la música cotidiana, la relación con el canon educativo, etc., eran muy similares. Sin embargo, a partir de los años 60 esto comenzó a cambiar. En Occidente surgió algo que podría describirse como una nueva interpretación de la modernidad. Esta nueva concepción de la cultura impregnó todos los ámbitos de la sociedad, desde la moda hasta la música cotidiana, pasando por los nuevos conceptos morales. Esta profunda renovación cultural de Occidente durante la Guerra Fría fue percibida por los representantes de la élite socialista en sus viajes al extranjero. De igual forma, las poblaciones de los Estados socialistas, que no podían viajar fácilmente a Occidente, comenzaron a interesarse por

los símbolos de la nueva cultura occidental, ya fueran los vaqueros o la música rock y pop.

A medida que avanzaba la Guerra Fría, esto dio lugar gradualmente a un dominio cultural de Occidente. Asimismo, se manifestó en el hecho de que Occidente logró establecer su propio desarrollo cultural como normativo, frente al cual el desarrollo cultural en el Este se percibía como una desviación o un estancamiento. Precisamente el aislamiento de las sociedades socialistas del Occidente convirtió a la civilización occidental en una especie de espejismo para partes de estas mismas sociedades. Frente a este espejismo, los logros del socialismo, que sin duda existían, se desvanecieron, mientras que Occidente, sin tener que cumplir nunca con ninguna obligación, fue capaz de aprovechar el inagotable reservorio de anhelos proyectados; lo que llevó a que la confianza con la que los políticos soviéticos se habían enfrentado a sus homólogos occidentales en los años 60 (véase Nixon 1959),² se pusiera cada vez más en duda en los años 80. Parte de los políticos socialistas comenzaron a reflexionar sobre la posibilidad de una convergencia entre los sistemas oriental y occidental. Tanto la socialdemocracia de Europa occidental como los temas y cuestiones del entonces muy debatido Club de Roma parecían ofrecer una base sólida para ello.

Sobre el cimiento de estas consideraciones, Yuri Andropov, como secretario general, inició en 1983/84 una serie de reformas que, sin embargo, se vieron interrumpidas por su muerte. Tras el también breve mandato de Konstantin Chernenko, esta política fue retomada y continuada por Mijaíl Gorbachov, el sucesor deseado por Andropov. Gorbachov inició finalmente el proceso de *glasnost* y *perestroika*, en el curso del cual se abandonó la doctrina de Brezhnev sobre la soberanía limitada de los Estados de Europa Oriental. Sin embargo, la devolución de la soberanía a los Estados de Europa del Este estaba estrechamente ligada al nuevo estilo político de Gorbachov y no era en absoluto un desarrollo inevitable. Gorbachov intentó crear una nueva base de confianza en las relaciones internacionales, renunciando deliberadamente a las reglas clásicas de la política de poder. La política de Gorbachov mostraba una

² Véase, por ejemplo, el llamado “debate de la cocina” entre Nikita Jrushchov y Richard Nixon en 1959 en una exposición en Moscú.

confianza fundamental en la fuerza civilizadora del sistema occidental. La trágica consecuencia de esta política, que el propio Gorbachov no anticipó suficientemente, fue que se puso en marcha una cadena de tendencias disgregadoras en el sistema mundial oriental, que condujo desde la apertura de la frontera húngara hasta la caída del Muro y, finalmente, al fin del socialismo y la disolución de la Unión Soviética. Además, Gorbachov sobreestimó el potencial civilizador de Occidente. Cabe señalar que el hecho de que los dirigentes del Gobierno soviético de entonces apostaran por fomentar la confianza en lugar de por la política de poder³ tuvo poco que ver con la dimensión militar o económica de la Guerra Fría, pero sí mucho con su dimensión cultural.

Fue la influencia cultural de Occidente la que, a lo largo de décadas, generó reconocimiento, curiosidad y confianza tanto en la población como en parte de la élite y la que, en última instancia, hizo posible la política de fomento de la confianza de Gorbachov. Por esta razón, la dimensión cultural de la Guerra Fría fue decisiva para su desenlace y, por lo tanto, debería ser objeto de investigación.

El cambio en la relación entre cultura y poder en el siglo XX

A pesar de ello, la dimensión cultural de la Guerra Fría tiene una gran importancia científica por otra razón muy diferente. Esta razón tiene menos que ver con la Guerra Fría en sí misma y más con el desarrollo técnico a lo largo del siglo XX. Debido a que, en general, el siglo XX desarrolló una nueva relación entre el poder político y el desarrollo cultural, una relación que difería radicalmente de todos los siglos anteriores. Durante muchos siglos, el desarrollo cultural se produjo de forma relativamente independiente y descentralizada. Aunque la Iglesia y las diferentes casas reales siempre habían intentado influir en el desarrollo cultural, los medios de que disponían para ello eran limitados, como se

³ Véase el capítulo 4: Die Rückkehr der Geopolitik. Eine Ideologie und ihre fatalen Folgen (Ritz 2024).

puede ver en el hecho de que, si bien fueron capaces de ralentizar un poco el proceso de la Ilustración con todas sus implicaciones políticas, no pudieron detenerlo ni revertirlo.

Sin embargo, esto cambia con la llegada de la humanidad al siglo XX. Ya durante la Primera Guerra Mundial surgen por primera vez grandes aparatos de propaganda. En particular, en los Estados Unidos se desarrolla una industria de relaciones públicas, uno de cuyos primeros éxitos fue convencer a la población estadounidense, entonces escéptica con respecto a la guerra, de que participara en la Primera Guerra Mundial (Chomsky 1982: 65-67). En la década de 1920 se produjo una creciente industrialización de la cultura como tal, de la que se convirtieron en símbolos nombres como Hollywood, Disney y Babelsberg. La producción cultural se orienta cada vez menos en el autor individual y se transfirió a procesos industriales. De este modo, se convirtió en objeto de división del trabajo y requirió la inversión de fondos cada vez mayores. No obstante, esto también cambió la expresión y el contenido veraz de las estructuras culturales.

Theodor W. Adorno y Max Horkheimer analizaron en profundidad este cambio dos décadas más tarde en su teorema de la industria cultural (Horkheimer y Adorno 1997). Mientras que el arte autónomo, desde el Renacimiento italiano hasta el siglo XIX, dependía en su creación de los procesos de autoformación del individuo (y, por lo tanto, también los apoyaba y estimulaba predominantemente en su recepción), las creaciones de la industria cultural, en el marco de la división del trabajo, surgen de forma casi automática como resultado de un proceso de producción industrial y, en consecuencia, tienen fines comerciales, que a su vez se pueden alcanzar más fácilmente mediante el entretenimiento y la diversión (Adorno 1970). El “Tercer Reich” demostró por primera vez hasta qué punto estas nuevas técnicas de producción de bienes culturales también pueden utilizarse con fines manipuladores. Con todo, el régimen nazi no llegó a abarcar ni siquiera un cambio generacional y, al final, fue demasiado breve para transformar profundamente el cuerpo social. Por lo tanto, el objetivo nazi de renovar por completo la esfera cultural no pudo hacerse realidad.

La Guerra Fría proporcionó por primera vez un marco potencial que, en teoría, podría haberlo hecho posible. La Guerra Fría duró más de 40 años, lo que supuso un cambio generacional completo. Además, se basó en el equilibrio de una polaridad estable entre dos sistemas ideológicos mundiales, lo cual hizo posible aplicar las nuevas técnicas de formación cultural a largo plazo. Si bien la existencia de posibilidades técnicas para influir en la evolución de la cultura no prueba automáticamente que esto haya sucedido, en este contexto conviene estudiar más a fondo los cambios culturales que se produjeron durante la Guerra Fría. Porque la Guerra Fría no solo tuvo una dimensión cultural, sino que se desarrolló a lo largo de líneas ideológicas divisorias y, por lo tanto, en determinadas fases adoptó la forma de una lucha cultural. En consecuencia, su ejemplo permite examinar más detenidamente la relación cambiante entre el poder político y la cultura en el siglo XX.

La era de la modernidad se remonta a finales del siglo XVIII, por lo que tiene más de 200 años. Sin embargo, la forma específica de modernidad en la que vivimos hoy en día se ha visto marcada de manera decisiva por la era de la confrontación entre bloques. Durante la Guerra Fría, la modernidad cambió, se volvió *posmoderna* en el lado occidental⁴ o adoptó la forma de *posthistoire* (Taubes 1988). Sea cual sea el término que se quiera utilizar para ello, ocuparse de la dimensión cultural de la Guerra Fría es, en cualquier caso, ocuparse de la evolución de nuestra propia cultura.

¿El actual conflicto de valores en Europa como consecuencia de la Guerra Fría?

Hay indicios claros en nuestro presente de que esta influencia ha sido tan profunda que justifica la investigación científica. Así, hoy en día existe dentro de la Unión Europea un conflicto de valores que se caracteriza por el hecho de que sus líneas divisorias discurren en gran medida a lo largo de la antigua frontera de la Guerra Fría. Este conflicto se refiere, por un lado,

⁴ Véase el capítulo 1: "Besitzt der gegenwärtige Konflikt mit Russland eine kulturelle Dimension?" (Ritz 2024).

al papel de la tradición cristiana en la Europa del futuro, pero, por otro lado, también se enciende con la cuestión de hasta qué punto una migración prolongada debe determinar el rostro de la futura sociedad europea. Por último, las cuestiones sobre los derechos de las minorías sexuales en las sociedades modernas son también un tema controvertido de este conflicto de valores intraeuropeo (Oertel, Totok y Reichert 2015). La mayoría de los antiguos países socialistas, como Polonia, la República Checa, Eslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumanía, los Estados bálticos, Bielorrusia y Rusia, tienden a aferrarse a las raíces cristianas de Europa (Gnauck 2017). A primera vista, esto parece contradictorio, ya que precisamente en los Estados socialistas se limitó en gran medida la influencia social y política de la Iglesia. No obstante, esto se relativiza si se tiene en cuenta que, desde la perspectiva de la historia de las ideas, el socialismo puede considerarse un fenómeno de secularización del cristianismo.⁵ Por esta razón, la forma secularizada del canon de valores cristianos se conservó en el sistema oriental incluso más que en Occidente.⁶

También es notable que los países de Europa del Este se muestren más reacios a la inmigración progresiva y al ideal de una sociedad multicultural, aunque algunos países de Europa Occidental, como Dinamarca o Austria, hayan adoptado recientemente una postura similar.⁷ Y, por último, las antiguas sociedades socialistas tienden a valorar más la norma de la familia heterosexual que los derechos de las minorías sexuales.⁸ Por el contrario,

⁵ “Porque nuestra tesis no dice más ni menos que la profecía del Antiguo Testamento y la escatología cristiana han creado un horizonte de cuestiones y un clima intelectual —en lo que respecta a la filosofía de la historia, un horizonte del futuro y de un cumplimiento futuro— que ha hecho posible el concepto moderno de historia y la fe secular en el progreso” (*Reseña del libro “Die Legitimität der Neuzeit” [La legitimidad de la era moderna] de Hans Blumenberg*) (Löwith 1983).

⁶ Véase el capítulo 1: “Besitzt der gegenwärtige Konflikt mit Russland eine kulturelle Dimension?” (Ritz 2024).

⁷ La Comisión Europea demanda a Hungría, la República Checa y Polonia. En: Die Zeit, 07/12/2017 <<https://www.zeit.de/politik/ausland/2017-12/eu-kommission-verklagt-ungarn-tschechien-und-polen>> (último acceso el 02/04/2024).

⁸ Véase <<https://rainbow-europe.org/country-ranking#eu>> (último acceso el 02/04/2024). Esta clasificación muestra que existe una diferencia significativa entre los países de Europa occidental y los de Europa oriental en lo que respecta a la aplicación de una legislación que tenga en cuenta los derechos de las denominadas “minorías sexuales”.

casi todas las sociedades de Europa occidental, desde Alemania occidental, Francia y los países del Benelux hasta los países escandinavos, tienden a aceptar en gran medida la pérdida de importancia del cristianismo, a apoyar la migración y a considerar los derechos de las minorías sexuales como parte normal del canon de valores y del discurso público. Dado que la línea divisoria entre ambas cosmovisiones sigue –aunque no de forma exclusiva, sí en gran medida– marcando la antigua frontera de la Guerra Fría, e incluso reproduce la división entre Alemania Occidental y Oriental,⁹ surge naturalmente la pregunta de hasta qué punto la dimensión de la Guerra Fría estaba relacionada con este conflicto cultural.

¿Tiene algo que ver con esto el movimiento del 68? ¿Existe realmente una relación entre la transformación cultural de finales de los años sesenta y principios de los setenta y la Guerra Fría? Para encontrar un marco objetivo para esta complicada cuestión, parece aconsejable elegir un método que base la reconstrucción de este conflicto cultural en la reflexión sobre las condiciones iniciales de la Guerra Fría. A continuación, se extraerán conclusiones sobre la estructura y la forma de la política cultural occidental a partir de estas condiciones iniciales. Estas conclusiones podrán verificarse posteriormente mediante la investigación histórica sobre la Guerra Fría, complementada con investigaciones en el ámbito de las ciencias sociales. Si de este modo se puede reconstruir la estrategia de política cultural de la Guerra Fría y, además, se puede describir de forma coherente con los cambios culturales documentados históricamente y por las ciencias sociales en ese periodo, se corroboraría la hipótesis de que los cambios culturales de los años sesenta y setenta pueden considerarse, al menos en parte, como consecuencia de la Guerra Fría cultural. En este contexto, el conflicto de valores actual entre Europa Occidental y Oriental ya mencionado puede considerarse una prueba empírica que confirma la hipótesis de trabajo.

⁹ *La AfD es ahora la fuerza más votada en Sajonia*. En: Die Welt, 25/09/2017 <<https://www.welt.de/politik/deutschland/article168995513/AfD-ist-in-Sachsen-jetzt-die-staerkste-Kraft.html>> (último acceso el 02/04/2024).

Condiciones iniciales de la Guerra Fría y la política cultural

Ya en el comienzo de la Guerra Fría, la cultura y la política cultural desempeñaron un papel fundamental (Gansel 1995). El hecho de que hoy en día apenas seamos conscientes de ello tiene que ver con nuestro conocimiento histórico sobre el resultado de la Guerra Fría. Como sabemos que Occidente fue finalmente la potencia dominante en la Guerra Fría, tendemos a considerar también el comienzo de la Guerra Fría desde la perspectiva de la posterior superioridad occidental. Sin embargo, esto nos lleva a pasar por alto la vulnerabilidad inicial de Occidente en la confrontación ideológica. Esta debilidad de Occidente es decisiva para comprender la orientación y la determinación de su política cultural.

Con todo, si nos situamos en el punto de partida histórico de la Guerra Fría, dejando de lado nuestros conocimientos históricos actuales, se abren perspectivas completamente nuevas. Como ya se ha mencionado, Occidente se encontraba en una posición de superioridad económica inmediatamente después del final de la Segunda Guerra Mundial. Pese a que, desde el punto de vista ideológico, el equilibrio de poder no era tan claro, hay numerosos argumentos que demuestran que, en el ámbito de la ideología, la Unión Soviética ocupaba inicialmente una posición superior. Para comprenderlo, debemos recordar los acontecimientos que marcaron el período posterior a la Segunda Guerra Mundial.

A finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, el liberalismo entró en un periodo de debilidad tras una larga fase de hegemonía. La larga época liberal anterior comenzó a mediados del siglo XIX y terminó inicialmente con la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, después de la guerra hubo numerosos intentos de revivir un orden mundial liberal, intentos que solo llegaron a su fin provisional con la crisis económica mundial de 1929. En el transcurso de esta larga era liberal, desde mediados del siglo XIX hasta la Gran Depresión de 1929, ya se había producido una primera fase de globalización. Esta primera fase de interdependencias económicas internacionales fue tan intensa que el volumen de comercio alcanzado en su punto álgido en 1913 no se volvió

a alcanzar hasta principios de la década de 1970; pero fue precisamente porque el liberalismo tuvo una gran influencia en el siglo XIX y principios del XX, también se le consideró corresponsable del estallido de dos guerras mundiales, ya que, al fin y al cabo, la competencia entre las potencias imperiales había provocado el estallido de la Primera Guerra Mundial. Además, fueron los Estados liberales los que impusieron un acuerdo de paz con el Tratado de Versalles de 1919, en el que ya se gestaba el germen de otra guerra. Y, por último, también fue una política económica liberal la que condujo a crecientes desequilibrios económicos y, por tanto, al estallido de la gran crisis económica mundial de 1929.

Dado que, a la sombra de la mayor crisis económica capitalista hasta la fecha, varios Estados habían visto cómo llegaban al poder gobiernos fascistas, la larga era liberal también fue, al menos indirectamente, responsable del auge del fascismo. En otras palabras: la hegemonía de las ideas liberales desde mediados del siglo XIX hasta la crisis económica mundial había desencadenado una profunda crisis de legitimidad del liberalismo que, incluso después de la caída del fascismo, aún estaba lejos de superarse (véase Hobsbawm 1998).

La debilidad del liberalismo, fruto de estos antecedentes, se manifestó, por ejemplo, en el hecho de que, a finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, muchos intelectuales de renombre —como Albert Einstein en Estados Unidos, Jean-Paul Sartre en Francia o incluso el conservador Thomas Mann en Alemania— manifestaron su simpatía por el experimento socialista. Todo el espectro de teorías de izquierda, desde el anarquismo y el socialismo hasta el comunismo, era superior al liberalismo en el ámbito teórico en la inmediata posguerra. El movimiento obrero había dado lugar a muchos intelectuales y era capaz de analizar las contradicciones de la sociedad liberal a un nivel mucho más alto que, a la inversa, el liberalismo analizaba las contradicciones de los proyectos sociales de izquierda. Las teorías socialistas y comunistas parecían tener una respuesta para todos los problemas que había generado la larga época liberal del siglo XIX, problemas que finalmente habían llevado al mundo a los catastróficos años comprendidos entre 1914 y 1945. Esta superioridad intelectual, espiritual y cultural de la crítica social socialista y comunista se

vio reforzada después de la Segunda Guerra Mundial por el alto grado de organización del movimiento obrero en aquella época. Hay que tener en cuenta que la clase obrera en los países industrializados de Europa en los años 40 y 50 representaba aproximadamente la mitad de la población. En Alemania Occidental se prohibió el KPD, pero esta medida no se pudo aplicar en toda Europa Occidental: en Italia y Francia, el partido comunista era simplemente demasiado influyente como para poder excluirlo del proceso político. Además, tales prohibiciones contradecían la constitución liberal de los Estados occidentales. A esto se sumaban los partidos socialdemócratas y socialistas, así como los numerosos sindicatos de casi todos los países de Europa occidental, que a menudo disponían de sus propios periódicos y editoriales. Esta situación implicaba que tanto las fuerzas socialistas como las comunistas de Europa occidental podían ser fácilmente abordadas o incluso apoyadas financieramente por la Unión Soviética. Existía el peligro de que el movimiento obrero se convirtiera en una quinta columna durante la Guerra Fría. Esto habría permitido a la Unión Soviética interferir en el proceso político de los países de Europa occidental. Es más, no se podía descartar que, a largo plazo, la Unión Soviética lograra incluso tomar el control del proceso político en determinadas sociedades de Europa occidental o sacar a países como Italia, Francia o Grecia de la alianza occidental. Desde la década de 1920, Moscú ya tenía experiencia en el ámbito de la diplomacia social a través de organizaciones como la Internacional Comunista (Comintern) y disponía de una ventaja en cuanto a experiencia frente a los Estados Unidos. Por el contrario, los Estados democráticos capitalistas apenas tenían posibilidades de ganar una influencia social comparable en los países socialistas, ya que allí los partidos liberales que representaban los intereses capitalistas estaban simplemente prohibidos.

Al peligro fundamental que representaba para Occidente el alto grado de organización del movimiento obrero durante la Guerra Fría se sumaba la influencia del pensamiento socialista y comunista en el Tercer Mundo: el colonialismo había entrado en crisis en las décadas de 1940 y 1950, y los costes de administración de las colonias aumentaban constantemente. A esto se sumaba que el déficit de legitimidad del co-

lonialismo europeo aumentaba cada año, ya que en muchas colonias se estaba desarrollando gradualmente una conciencia política y nacional. El socialismo y el comunismo se presentaban aquí, a su vez, como ideologías para apoyar los movimientos de liberación del Tercer Mundo. En muchas colonias se produjeron alianzas de conveniencia entre intereses socialistas, comunistas y nacionales. Al fin y al cabo, la teoría política del movimiento obrero incluía una crítica al imperialismo. La propagación de los movimientos socialistas o incluso de las revoluciones comunistas por gran parte del Tercer Mundo habría conducido a largo plazo a una situación en la que el sistema capitalista occidental se habría visto encerrado en su propio territorio. Sin embargo, un sistema capitalista mundial sin acceso a las materias primas del Tercer Mundo y a la mano de obra barata y los mercados del hemisferio sur habría alcanzado rápidamente sus límites de desarrollo.

Como cuarto factor que subraya la debilidad del capitalismo al comienzo de la Guerra Fría, cabe mencionar el orden geográfico mundial a partir de 1949. Tras la victoria de la revolución socialista en China, gran parte de Asia quedó dominada por Estados socialistas. Quien haya estudiado alguna vez los fundamentos de la política exterior de las potencias marítimas Gran Bretaña y Estados Unidos sabe el papel fundamental que desempeña el continente euroasiático en el pensamiento de la política exterior del mundo anglosajón: Eurasia es, con diferencia, el continente más grande del mundo, que por sí solo cuenta con aproximadamente dos tercios de todas las materias primas mundiales y dos tercios de la población mundial. Tanto en el pensamiento de la élite británica como en el de la estadounidense, este continente debe estar siempre dominado desde las costas. Halford J. Mackinder sentó las bases analíticas de este principio en 1904 en "The Geographical Pivot of History" (Mackinder 1904). Más tarde, esta teoría fue desarrollada por Nicholas J. Spykman y Zbigniew Brzezinski, entre otros. Desde entonces, el gran temor en la autopercepción de las potencias marítimas anglosajonas ha sido siempre que en el centro de esa enorme masa continental euroasiática pudiera formarse una potencia que ya no pudiera controlarse desde las costas. Con la expansión de la influencia soviética hasta el Elba y la victoria de

una revolución socialista en China, esta pesadilla parecía haberse hecho realidad en parte. Occidente se encontraba en una situación en la que su adversario ideológico se había convertido en un rival a tener en cuenta, no solo desde el punto de vista intelectual e ideológico, sino también geográfico. La tendencia global del desarrollo cultural parecía alejarse del orden capitalista y liberal del siglo XIX y principios del XX y avanzar hacia un orden socialista global. La tarea que se le planteaba al aparato de seguridad de la OTAN ante esta situación consistía en romper de nuevo el impulso de la práctica socialista y los ideales comunistas.

Sin embargo, esta era una tarea que no podía llevarse a cabo únicamente mediante el armamento militar o la expansión económica. Tampoco bastaban las concesiones sociales, como las que se hicieron a partir de 1933 en el New Deal del presidente Franklin D. Roosevelt y, después de 1945, en la política socialdemócrata en Europa. Dado que el impulso del socialismo se basaba en la percepción mundial de que la práctica socialista y los ideales comunistas eran más progresistas que el liberalismo, envuelto en contradicciones, se necesitaba una iniciativa cultural integral. Para romper la percepción de una Internacional Socialista en ascenso, era necesario separar de nuevo la imagen progresista que los teóricos del movimiento obrero habían adquirido gracias a sus propios logros intelectuales y culturales de la idea del socialismo. Se trataba de devolver al liberalismo, desacreditado tras dos guerras mundiales y una crisis económica mundial, su imagen progresista y, a la inversa, disputársela tanto al socialismo real como a la utopía comunista.

No obstante, dada la historia reciente, se trataba de una tarea extremadamente complicada, tan difícil que requería una política cultural muy prolongada, profesional y diferenciada. Una política cultural que, además, no solo podía establecerse en un único país, sino que debía dirigirse a todo el mundo occidental, al menos a sus países más importantes, es decir, Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania Occidental, Francia e Italia. De todo ello se desprende que, para Estados Unidos, el desarrollo de una política cultural occidental representaba quizás el reto más importante de la Guerra Fría. ¿Qué posibilidades tenía Washington para alcanzar este objetivo? ¿Puede la investigación histórica arrojar luz sobre esta cuestión?

La Guerra Fría cultural reflejada en la investigación histórica

Para responder a esta pregunta, este artículo se basará principalmente en dos obras fundamentales: por un lado, el estudio publicado en 1999 “Who Paid the Piper – The CIA and the Cultural Cold War” (Quién pagó al flautista: la CIA y la Guerra Fría cultural), de la historiadora británica Frances Stonor Saunders (Stonor 1999). El análisis de Saunders sobre la Guerra Fría cultural logra el difícil equilibrio entre el nivel científico y una forma lingüística exigente. La segunda obra a la que se hace referencia aquí ha sido escrita por el profesor de estudios americanos Michael Hochgeschwender y se titula “Freiheit in der Offensive” (Libertad a la ofensiva) (Hochgeschwender 1998). En ambos estudios se centra la atención en el Congreso por la Libertad Cultural (CCF), una institución decisiva fundada al comienzo de la Guerra Fría en 1950 y a través de la cual se organizó y agrupó la política cultural de Occidente durante casi dos décadas.

Mientras que el estudio de Saunders sigue y reconstruye la actividad global del Congreso, Hochgeschwender se centra, principalmente, en la política del Congreso en Alemania Occidental. Al referirse únicamente a un solo país, su análisis profundiza aún más en las especificidades de la política cultural del Congreso. Gracias a las investigaciones de otros historiadores (Schildt 1999), hoy disponemos de una cantidad relativamente grande de material (Whitney 2016) sobre la actividad y el impacto del Congreso por la Libertad Cultural, que se extiende hasta su disolución en 1969.

El Congreso por la Libertad Cultural estaba formado por una red de intelectuales, escritores, periodistas, cineastas y artistas que coordinaban sus actividades de relaciones públicas. En el momento álgido de su influencia, el Congreso tenía oficinas en 35 países diferentes de Europa Occidental, Asia y el Tercer Mundo. Su interés principal se centraba en los decisivos Estados de Europa Occidental ya mencionados; su actividad abarcaba todos los ámbitos de la vida cultural. Con su ayuda se organizaban conferencias profesionales, se concedían premios a músicos y artistas, se apoyaba a intelectuales y creadores culturales cuya obra armonizaba con la orientación del Congreso, se organizaba la traducción

de libros e incluso se influía en la producción cinematográfica (véase Saunders 1999).

Tras su fundación, la oficina central del Congreso por la Libertad Cultural se ubicó inicialmente en Berlín Occidental. Sin embargo, dado que la división de Berlín también constituía el centro de las actividades de espionaje durante la Guerra Fría, la oficina se trasladó de Berlín a París poco después de su fundación por motivos de seguridad. Por un lado, el Congreso adaptó su política cultural a las particularidades culturales e históricas de cada país, pero, por otro lado, se produjo una sincronización de su trabajo a nivel internacional. Su actividad se basaba en una financiación encubierta, en la que tanto la Fundación Fairfield (Saunders 1999: 127) como la Fundación Ford desempeñaban un papel destacado, pero en absoluto exclusivo: “Hoy en día se sabe que al menos 170 fundaciones han facilitado deliberadamente la transferencia de fondos de la CIA” (Saunders 2001: 129).¹⁰ En 1966 se dio a conocer la financiación del Congreso por parte de los servicios secretos, lo que provocó que, a partir de entonces, el Congreso tuviera cada vez más dificultades para organizar la colaboración con escritores, intelectuales y artistas. Esta situación, junto con los artículos justificativos¹¹ de algunas de las personas implicadas, condujo finalmente a la disolución del CCF en 1969. Debido a la liquidación del Congreso por la Libertad Cultural, se desclasificó una cantidad relativamente grande de material de archivo, por lo que hoy en día disponemos de numerosos documentos. Además, historiadores como Saunders han documentado los testimonios de testigos de la época.

Con sus 35 oficinas en diferentes países, el Congreso publicó durante sus casi dos décadas de existencia revistas intelectuales en 20 países diferentes, que aparecían mensualmente o con mayor periodicidad. Estas revistas tenían, en cierto modo, la función de actuar como una especie de medio de comunicación líder. En ellas se desarrollaban argumentos y se ofrecían perspectivas que luego solían ser recogidas por la prensa diaria. Si se analiza hoy en día la labor del Congreso para la Libertad Cultural, se pueden iden-

¹⁰ Citado según la traducción alemana.

¹¹ Thomas W. Braden: “I’m glad the CIA is ‘immoral’”. En: *The Saturday Evening Post* del 20/05/1967, pp. 10-14.

tificar una serie de problemas fundamentales que el CCF había detectado en las sociedades europeas de la posguerra, que le preocupaban y a los que su política cultural daba respuesta. A continuación, se examinarán con más detalle cuatro de estos problemas. Se trata de una selección que podría ampliarse, pero es de esperar que estos cuatro problemas basten para demostrar que la política cultural de Occidente durante la Guerra Fría influyó a largo plazo en la evolución cultural de Europa occidental.

Cuatro ejes centrales de la política cultural occidental durante la Guerra Fría

1) La actitud antiamericana de muchos europeos

Uno de los primeros problemas que llamó la atención del Congreso por la Libertad Cultural fue el escepticismo hacia los Estados Unidos, muy extendido en el continente europeo. En particular, muchos representantes de la élite europea pertenecían a la burguesía ilustrada y albergaban reservas de carácter cultural hacia los Estados Unidos. En estos círculos prevalecía la idea de que la sociedad estadounidense no se movía al mismo nivel cultural que las sociedades de las naciones culturales europeas. Como consecuencia, los diplomáticos estadounidenses se enfrentaban repetidamente al problema de que sus colegas europeos no los tomaban lo suficientemente en serio. Esto suponía un obstáculo muy grave para la diplomacia estadounidense. Para hacer frente a este problema, el Congreso para la Libertad Cultural intentó en primer lugar influir positivamente en la imagen de los Estados Unidos en el continente europeo. Los Estados Unidos se esforzaron por presentarse como una nación con una vida cultural e intelectual propia y digna de ser tomada en serio. Así, por ejemplo, se envió a la Orquesta Sinfónica de Boston de gira por las capitales europeas (Saunders 1999: 116 y ss.). El Museo de Arte Moderno de Nueva York (MoMA) también se presentó al público europeo en una exposición itinerante (íbid., 256 y ss.). Toda una serie de autores estadounidenses, en particular el grupo de los “intelectuales de Nueva York”, fueron traducidos

a varios idiomas europeos para darse a conocer en ahí. Otro “instrumento importante para disipar la tradicional arrogancia cultural de la clase media educada hacia ‘América’ fueron las Casas de América” (Schildt 1999: 167), que disponían de sus propias bibliotecas y se ofrecían generalmente como lugar para eventos culturales. En resumen: Estados Unidos intentó presentarse ante los europeos como una nación cultural igualitaria, como un país cuya vida intelectual era receptiva a las contradicciones de la civilización moderna.

Sin embargo, los resultados de estos numerosos esfuerzos fueron escasos: los prejuicios hacia los Estados Unidos persistieron inicialmente entre los europeos. Era casi imposible disipar las ideas ya arraigadas de la generación mayor sobre los Estados Unidos mediante medidas como las mencionadas anteriormente. Por esta razón, el Congreso para la Libertad Cultural se centró cada vez más en dirigirse a los jóvenes. Si ya no era posible influir suficientemente en la generación mayor, al menos se podía transmitir a la generación más joven una imagen lo más positiva posible de los Estados Unidos. Como consecuencia de esta idea, durante las décadas siguientes se dedicaron todos los esfuerzos a difundir la cultura estadounidense entre los jóvenes europeos: por ejemplo, a partir de 1964 se disparó la proporción de música en inglés en la programación radiofónica de Alemania Occidental. Si antes se situaba en torno al 5 %, en solo un año aumentó hasta aproximadamente el 50% (véase Dussel 2005: 131). La romanista estadounidense Kristin Ross ha descrito detalladamente esta forma de americanización cultural tomando como ejemplo Francia (véase Ross 1995). Esta forma de política cultural, que consideraba la cultura juvenil como un campo de acción central, fue muy influyente y acabó cambiando la cultura europea desde dentro.

2) Corresponsabilidad del liberalismo en el auge del fascismo

Un segundo problema al que se enfrentó el Congreso por la Libertad Cultural fue la gran popularidad que gozaba entonces el pensamiento socialista entre los intelectuales europeos. El hecho de que el socialismo gozara

de gran simpatía entre los intelectuales europeos en los años cuarenta y cincuenta fue consecuencia de la historia reciente. Esta había enseñado a la intelectualidad europea a distinguir entre comunismo, socialismo, liberalismo y fascismo. Dado que la intelectualidad europea tenía una idea clara de las diferencias entre estos conceptos, muchos eran conscientes de que el liberalismo era en parte responsable del auge del fascismo. En aquella época era una convicción relativamente extendida que, en momentos de crisis, el liberalismo se acomodaba al fascismo, llegando incluso a formar una alianza de conveniencia con él para impedir que una revolución comunista pusiera en tela de juicio el orden de la propiedad. Un ejemplo clásico fue la represión de la Revolución Española entre 1936 y 1939, cuyo destino había suscitado un gran interés entre muchos intelectuales europeos y que, en retrospectiva, resultó ser el preludio de la Segunda Guerra Mundial.

Para contrarrestar esta percepción de la corresponsabilidad del liberalismo en el auge del fascismo, el Congreso por la Libertad Cultural retomó la tesis del totalitarismo, un teorema acuñado en 1923 por el italiano Giovanni Amendola para describir el fascismo italiano. Ya antes de la Primera Guerra Mundial, Carl Schmitt desarrolló el concepto de forma afirmativa. Franz Borkenau lo utilizó en 1940, durante su exilio en Estados Unidos, para comparar el nacionalsocialismo y el bolchevismo (Borkenau 1940). Después de la Segunda Guerra Mundial, tanto George Orwell como Hannah Arendt, que colaboraron con el Congreso por la Libertad Cultural, dieron a conocer la tesis del totalitarismo tanto en el ámbito literario como en el teórico. En particular, el libro de Arendt *El origen del totalitarismo* (Arendt 1955), desarrolló aún más el concepto y contribuyó en gran medida a que la percepción de la corresponsabilidad del liberalismo en el auge del fascismo se viera gradualmente superada por el debate público sobre las similitudes entre el fascismo histórico y el socialismo de Europa del Este y Asia.

3) Aspiraciones independentistas entre los intelectuales europeos

Otro tema que abordó el Congreso por la Libertad Cultural fue el de los llamados intelectuales neutrales. Los intelectuales neutrales parecían mucho más peligrosos que los que se declaraban abiertamente socialistas o comunistas. A estos últimos se les podía clasificar simplemente como representantes del sistema socialista para luego aislarlos y desacreditarlos. El intelectual neutral, por el contrario, tenía realmente el potencial de hacer que su posición fuera mayoritaria. Al abogar por la neutralidad entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, el intelectual neutral ponía en peligro la posición de los Estados Unidos en Europa occidental. Si los políticos o los gobiernos se mostraban receptivos a la posición del intelectual neutral, esto podía conducir efectivamente a una renovada independencia de los distintos Estados de Europa occidental respecto a los Estados Unidos o a un mayor crecimiento del grupo de países neutrales, como Austria, Suiza, Finlandia y Yugoslavia. El actor estadounidense Robert Montgomery, que también colaboró con el Congreso, afirmó que “en la sala de la libertad [...] no hay rincones neutrales” (Stonor 2001: 83),¹² resumiendo así muy bien la posición del Congreso.

El intelectual más conocido era Jean-Paul Sartre, que había adquirido una enorme influencia en Francia gracias a su revista *Les Temps Modernes*. Saunders cita en su obra a la autora Carol Brightman, que en una entrevista describe la mentalidad de la época de la siguiente manera: “¿Quién era el verdadero adversario? [...] No era la Unión Soviética ni Moscú. Quienes realmente les preocupaban eran Sartre y Beauvoir. Esa era la parte contraria” (ibíd., 101). El Congreso por la Libertad Cultural respondió fundando la revista francesa *Preuves* y la italiana *Tempo Presente*. Ambas publicaciones eran muy similares a *Les Temps Modernes* en cuanto a su diseño y temática; la revista italiana incluso tomó prestado su nombre del original francés. Sin embargo, la diferencia con *Les Temps Modernes* radicaba en que las revistas del CCF siempre ponían el acento en el liberalismo, tratando así de atraer a los lectores y seguidores de

¹² Citado según la traducción alemana.

Sartre. En cierto modo, se aplicó una especie de estrategia de contención intelectual con respecto a Sartre (Saunders 1999: 215 y ss.). Al mismo tiempo, se intentó revalorizar al filósofo existencialista Albert Camus para debilitar indirectamente a Sartre (Hochgeschwender 1998: 195).

La atención que el Congreso por la Libertad Cultural prestó a Sartre es solo un ejemplo de la política del Congreso, que en general tenía como objetivo combatir tanto la articulación de un punto de vista neutral como una posición comunista. De este modo, se empujó a la opinión pública en una dirección en la que cada vez era más difícil anteponer los intereses del propio país a los de la confrontación entre bloques. Por lo tanto, se toleraban más las posiciones que evidentemente no contaban con el apoyo de la mayoría, como el maoísmo radical, que una posición neutral basada en la razón.

4) El arraigo cultural del socialismo en la cultura europea

El cuarto y quizás más importante problema de los Estados Unidos era que las ideas socialistas estaban mucho más arraigadas en las sociedades europeas que en los Estados Unidos. En primer lugar, en Europa no existía un equivalente al “sueño americano”, es decir, prácticamente no existía el mito de las oportunidades de ascenso social del individuo. Esta diferencia se debía, entre otras cosas, a que Europa continental no había sido influenciada en la misma medida que Estados Unidos por las sectas protestantes de influencia calvinista. En Europa se hacía referencia a diversas formas culturales precapitalistas, que tenían sus raíces en el sistema gremial medieval o en la Edad Moderna y que constituían la base de las reivindicaciones y los valores solidarios del movimiento obrero. En la sociedad estadounidense, en cambio, estas formas culturales precapitalistas apenas existían a nivel, ya que el país había surgido junto con el capitalismo. A esto se sumaba el hecho de que el continente europeo se había visto mucho más marcado por la secularización del cristianismo que los propios Estados Unidos, al menos si se entiende la secularización no solo como el retroceso de las iglesias y del cristianismo en el espacio

público, sino como la traducción de las ideas y valores cristianos a un contexto secular y moderno. La utopía política del socialismo es solo una de las muchas manifestaciones de este proceso de secularización culturalmente muy amplio, que en Europa ha vinculado los valores de la modernidad con los del pasado cristiano.

Otra diferencia cultural decisiva entre los Estados Unidos y Europa era la figura del intelectual, que tenía un significado diferente en Europa que en los Estados Unidos. La reputación del intelectual en países como Francia, Italia y Alemania era mucho mayor que en los Estados Unidos. En Europa se reconocía al intelectual un poder de oposición pública mucho mayor que en los Estados Unidos. En Francia, una declaración de Jean-Paul Sartre, en la República Federal de Alemania un discurso de Thomas Mann y en la RDA uno de Christa Wolf, podían conmover a toda la sociedad. La veneración pública del artista y el intelectual en Europa contrastaba claramente con su vilipendio público en los Estados Unidos durante la era McCarthy. La persecución de los intelectuales de izquierda iniciada por el senador Joseph McCarthy fue precisamente la respuesta equivocada al desafío del socialismo, ya que tales medidas confirmaban las predicciones socialistas sobre el Estado capitalista represivo y aumentaban así la credibilidad de la teoría de izquierda.

Previendo esto, ya en 1948, el excomunista y posterior anticomunista Arthur Koestler, durante una gira de lecturas por Estados Unidos, había abogado en una conversación con miembros del Departamento de Estado por combatir la práctica socialista y los ideales comunistas no directamente desde el Estado, sino desde la izquierda (Saunders 1999: 62 y ss.). El historiador y asesor presidencial estadounidense Arthur Schlesinger describió más tarde la creciente influencia de esta idea como una “revolución silenciosa” (Saunders 2001: 69).¹³ Así, en el Gobierno de los Estados Unidos se fue imponiendo gradualmente la idea de que había que apoyar y promover los conceptos de aquellos intelectuales que, aunque desilusionados con las utopías del comunismo, seguían defendiendo las posiciones de una izquierda moderada. La idea de debilitar los idea-

¹³ Citado según la traducción alemana.

les comunistas promoviendo una izquierda no comunista “se convirtió pronto en la base teórica de la operación política oficial contra el comunismo durante al menos dos décadas” (Warner 1995). Como resultado, “el término ‘izquierda no comunista’ [...] pronto (Hochgeschwender 1998) entró en el lenguaje burocrático de Washington” (Saunders 2001: 69).¹⁴ Esta estrategia se basaba en la idea de que siempre habría una izquierda política en Europa. La cuestión era solo de qué tipo y con qué mentalidad estaría determinada esa izquierda.

Para ganar la “guerra fría cultural” (Saunders), era importante que Occidente se mostrara progresista y de izquierdas. Solo así se podía garantizar que el legado cultural del movimiento obrero no quedara en manos de la Unión Soviética y sus aliados socialistas. Al mismo tiempo, sin embargo, había que configurar e interpretar la izquierda de tal manera que pudiera integrarse en el capitalismo. Esto significaba que la izquierda debía referirse lo menos posible a las cuestiones fundamentales clásicas del movimiento obrero, lo que suponía excluir en gran medida la cuestión de la propiedad, la cuestión social y la crítica del imperialismo. Esto, a su vez, estaba relacionado con las corrientes pacifistas de la izquierda. La identidad política de la izquierda tuvo que desplazarse, en cierto modo, de las contradicciones principales del capitalismo a sus contradicciones secundarias, como por ejemplo la aparición del racismo, la discriminación de la mujer en la sociedad, los diferentes derechos para los diferentes grupos o la destrucción del medio ambiente en el curso de los procesos industriales. Se trata de contradicciones secundarias porque, aunque aumentan en las condiciones de una dinámica capitalista desenfrenada, combatirlas de forma aislada no cambia la estructura capitalista básica de la sociedad. Sin embargo, estos temas eran muy adecuados para ofrecer a los simpatizantes de la Unión Soviética, a los que la CIA también denominaba “compañeros de viaje” (Hochgeschwender 1998: 87 y ss.), oportunidades para la crítica y la oposición dentro del sistema político occidental y, de este modo, estabilizar el sistema occidental en su conjunto.

¹⁴ Citado según la traducción alemana.

Además, en la izquierda política hubo muchos debates en los que la izquierda no comunista pudo apoyarse con relativa facilidad. Solo una pequeña parte de la izquierda política tenía un conocimiento real de las obras de Karl Marx u otros teóricos socialistas, comunistas o anarquistas. Igualmente, existían muchos temas dentro de la izquierda que a menudo se habían incorporado a los debates de izquierda a partir de contextos de la vida cotidiana y que solo estaban vagamente relacionados con la tradición ideológicamente crítica de la teoría de izquierda, como la crítica a las tradiciones anticuadas, a la Iglesia o a la sociedad burguesa y su cultura, que a menudo se cuestionaba como elemento de la ideología capitalista. Las críticas de la izquierda a la cultura dominante de la sociedad podían tener como consecuencia que se hiciera más hincapié en los derechos de las minorías o del individuo en sí. No obstante, esto podría llevar a que la izquierda adoptara cada vez más una posición liberal y se alejara de la tradición del movimiento obrero, que se había centrado principalmente en las grandes clases sociales y, por lo tanto, en los intereses colectivos. El hecho de que la CIA realmente pensara en la guerra fría cultural a tan gran escala queda demostrado por el material de archivo desclasificado que Saunders cita en su libro (véase Saunders 1999: 146-156).¹⁵ Así, en el documento estratégico PSB D-33/2 se afirma que se “quería influir en los intelectuales, los eruditos y los grupos que crean opinión” para “romper los patrones de pensamiento doctrinarios extendidos por todo el mundo que preparan intelectualmente el terreno para el comunismo” (Saunders 2001: 143).¹⁶

Ahora bien, este cambio dentro del espectro de temas y discursos de izquierda, sobre el que se reflexionó intensamente en la CIA en la década de 1950, se produjo efectivamente en el transcurso de la Guerra Fría, como se admite ver en un análisis de la CIA recientemente desclasificado.¹⁷ Si al comienzo de la Guerra Fría aún predominaban las luchas

¹⁵ Véase Saunders, *The Truth Campaign*.

¹⁶ Citado según la traducción alemana.

¹⁷ Véase CIA Research Paper. *France. Defection of Leftist Intellectuals*. Langley, VA, EE. UU., 1985. Copia autorizada y censurada para su publicación 13/05/2011 <<https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/CIA-RDP86S00588R000300380001-5.pdf>> (último acceso el 02/04/2024).

del movimiento obrero por los intereses de toda la sociedad, como por ejemplo la cuestión social, a lo largo de la Guerra Fría estos contenidos políticos fueron sustituidos gradualmente por la lucha por los derechos del individuo, es decir, por los derechos de las minorías y los derechos humanos. Este cambio comenzó ya en los años 60, continuó en los 70 y se completó en los 80, sobre todo con el auge del partido de los Verdes y la aparición de una “nueva izquierda”. Desde los años 60, pasando por los 70 y hasta los 80, el discurso sobre la explotación de la clase obrera fue sustituido gradualmente por debates públicos sobre la explotación de la naturaleza. La izquierda no comunista, de la que se hablaba en los años 50 de forma puramente teórica en los debates internos de la CIA, parece estar realmente arraigada en casi todas las sociedades occidentales al final de la Guerra Fría [...].¹⁸

Resumen

[...] Tras haber destacado al principio la importancia de la dimensión cultural de la Guerra Fría a partir de su situación inicial, se pudo clasificar mejor la investigación histórica sobre la guerra cultural a partir de una selección de cuatro elementos fundamentales. Finalmente, las relaciones así deducidas encontraron su confirmación en las obras teóricas de diferentes científicos sociales. El conflicto de valores entre Europa Oriental y Occidental, que discurre a lo largo de la antigua frontera de la Guerra Fría, parece así corroborar empíricamente los argumentos desarrollados. De todo ello se desprende un panorama muy preocupante sobre el origen de la cultura política occidental actual.

Al mismo tiempo, cabe señalar que este análisis no contradice en modo alguno la tesis de que las protestas estudiantiles de 1968 en muchos países occidentales fueron revueltas espontáneas condicionadas por la estructura de la sociedad de la época: durante el período del auge del

¹⁸ El siguiente subcapítulo se ha abreviado para su publicación en esta revista. El texto completo se puede encontrar en: <https://multipolar-magazin.de/artikel/der-kalte-krieg-und-die-kuenstliche-kultur-teil-2> (último acceso el 02/04/2024).

fascismo, la Segunda Guerra Mundial y la posterior fase de reconstrucción, se produjo una época de estancamiento cultural de entre 25 y 30 años, que dio lugar a una necesidad de recuperación. Esta necesidad de recuperar el tiempo perdido coincidió con una generación numerosa de jóvenes y desencadenó a finales de la década de 1960 una dinámica espontánea cuya evolución inicial era incierta.

A pesar de ello, incluso si se considera la protesta estudiantil de 1968 como una revuelta espontánea, surge la pregunta legítima de si esto también se aplica al efecto a largo plazo de estas protestas. Hoy en día estamos acostumbrados a considerar la revuelta del 68 como un éxito de la izquierda. Sin embargo, no se nos ocurre preguntarnos si el efecto a largo plazo del movimiento del 68 no representa también un éxito del aparato de seguridad de la OTAN, en la medida en que este posiblemente haya aprendido, en las condiciones ideológicas de la Guerra Fría, a dirigir una situación política excepcional durante un largo periodo de tiempo por caminos seguros o deseables. En cualquier caso, las fuentes citadas aquí dan motivos para seguir reflexionando sobre esta tesis.

Sea cual sea el veredicto histórico detallado, este análisis ha podido demostrar que ciertos elementos de la política cultural occidental durante la Guerra Fría han tenido una influencia duradera en la evolución cultural de Europa Occidental y Estados Unidos. Esto se aplica en particular a los dos objetivos del Congreso por la Libertad Cultural, a saber, por un lado, abrir Europa Occidental a las influencias culturales estadounidenses y, por otro, desviar la evolución de la izquierda política de las principales contradicciones del capitalismo hacia sus contradicciones secundarias. Este último aspecto, en particular, ha tenido una profunda influencia en la evolución de las ideas políticas en Occidente, hasta tal punto que la izquierda actual de Europa occidental se ha convertido, por una parte, en el motor cultural de la globalización, mientras que, por otra, ha olvidado casi por completo la cuestión social y deriva sus posiciones políticas casi exclusivamente de puntos de vista liberales. Sin embargo, dado que la “nueva izquierda” liberal, que surgió en Occidente durante la Guerra Fría, existe en Europa del Este desde hace relativamente poco tiempo, el nuevo orden de valores de la globalización aún no se ha arraigado cultu-

ralmente en Europa del Este. Por lo tanto, el actual conflicto de valores en Europa debe considerarse, como se supuso al principio, como una consecuencia y un legado de la dimensión cultural de la Guerra Fría.

Preguntas adicionales

De este análisis se derivan numerosas preguntas adicionales, como, por ejemplo, ¿cómo se debe abordar el hecho de que instituciones controladas por los servicios secretos, como el Congreso por la Libertad Cultural, hayan influido en la evolución cultural de las sociedades occidentales durante la Guerra Fría basándose en consideraciones de seguridad militar? ¿Qué aspectos del patrimonio cultural europeo se han visto debilitados o incluso perdidos como consecuencia de ello? ¿Qué consecuencias podría tener a largo plazo para nuestra cultura el hecho de que su desarrollo se haya visto y se siga viendo influido cada vez más por intereses que siguen una racionalidad para la que la cultura ya no es un fin en sí misma, sino solo un medio para otros fines? ¿Debemos temer que la cultura europea haya adquirido así un carácter artificial, como ya lamentaban Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*? ¿Qué problemas procedentes se derivarán de ello a largo plazo? ¿Y qué responsabilidad tienen los humanistas, que gozan del privilegio frente al resto de la población de poder ser conscientes de la evolución histórica de su propia cultura? Estas cuestiones requieren más investigación.

Referencias

- ADORNO, Theodor W. 1970. *Ästhetische Theorie*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- ARENDT, Hannah. 1955. *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft. Antisemitismus, Imperialismus, totale Herrschaft*. Fráncfort del Meno: Europäische Verlagsanstalt.
- BORKENAU, Franz. 1940. *The Totalitarian Enemy*. Londres: Ams Pr Inc.
- CHOMSKY, Noam. 1982. *Towards a new Cold War*. New York: The New Press.
- DUSSEL, Konrad. 2005. "The Triumph of English-Language Pop Music. The West German Radio Programming". In *Between Marx en Coca-Cola. Youth Cultures in*

- Changing European Societies 1960-1980*, von Axel Schildt und Detlef Siegfried, 131. Nueva York/Oxford.
- GANSEL, Carsten. 1995. *Parlament des Geistes. Literatur zwischen Hoffnung und Repression 1941-61*. Berlín: BasisDruck.
- HOBBSBAWN, Eric. 1998. „Der Untergang des Liberalismus“. In *Das Zeitalter der Extreme. Weltgeschichte des 20. München*.
- HOCHGESCHWENDER, Michael. 1998. *Freiheit in der Offensive. Der Kongress für kulturelle Freiheit und die Deutschen*. München.
- HORKHEIMER, Max, und Theodor W Adorno. 1997. „Die Kulturindustrie“. In *Dialektik der Aufklärung*, 141-191. Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- LAUTERBACH, Reinhard. 2016. *Das lange Sterben der Sowjetunion. Schicksalsjahre 1985-1999*. Berlín: Edition Berolina.
- MACKINDER, Halford J. 1904. “The Geographical Pivot to History”. In *The Geographic Journal*. Londres.
- NIXON, Richard. 1959. “The Kitchen Debate”. In *Speeches, Writings, Documents*, 88 ss. Princeton: University Press.
- POPOV, Vladimir. 2014a. *How the Soviet Elite Lost Faith in Socialism in the 1980s*. <<https://www.ponarseurasia.org/how-the-soviet-elite-lost-faith-in-socialism-in-the-1980s/>> (último acceso el 02/04/2024).
- POPOV, Vladimir. 2014b. “Socialism is dead, long live socialism!” *Munich Personal RePEc Archive*. <https://mpira.ub.uni-muenchen.de/54294/> 1-45.
- POPOV, Vladimir. n. d. *Prices, Labor Market, Finance, Credit, External Economic Relations in CPE. Was Soviet Economy a Planned One?* <<https://carleton.ca/vpopov/wp-content/uploads/Prices-labor-market-finance-credit.pdf>> (último acceso el 02/04/2024).
- ROSS, Kristin. 1995. *Fast Cars, Clean Bodies. Decolonization and the Reordering of French Culture*. Massachusetts: The MIT Press.
- SAUNDERS, Frances Stonor. 1999. *Who Paid the Piper. The CIA and the Cultural Cold War*. Londres: Grant Books.
- SCHILDT, Axel. 1999. *Zwischen Abendland und Amerika. Studien zur westdeutschen Ideenlandschaft der 50er Jahre*. München.
- STONOR, Frances. 1999. *Who Paid the Piper? The CIA and the Cultural Cold War*. Londres: Granta Books.
- STONOR, Frances. 2001. *Wer die Zeche zahlt... Der CIA und die Kultur im Kalten Krieg*. München: Siedler Verlag.
- TAUBES, Jacob. 1988. „Ästhetisierung der Wahrheit im Posthistoire“. In *Streitbare Philosophie: Margherita von Brentano zum 65. Geburtstag*, von Gabriele Althaus und Irmingard Staeuble. Berlín: Metropolis Verlag.
- WARNER, Michael. 1995. “Origins of the Congress for Cultural Freedom, 1949-50”. <https://www.cia.gov/resources/csi/static/origins-congress-cultural-freedom.pdf> (último acceso el 02/04/2024). 89-98.

WHITNEY, Joel. 2016. *Finks. How the CIA Tricked the World's Best Writers*. Nueva York/Londres: OR Books.

ZINOVIEV, Alexander. 2008. "Global Suprasociety and Russia". *Global Research* 13-14 <<https://www.globalresearch.ca/global-suprasociety-and-russia-the-soviet-counter-revolution-large-scale-subversive-operation-by-the-west/9498>> (último acceso el 02/04/2024).

